

Raúl Rodríguez Freire

La orilla latinoamericana: sobre la literatura (extraterritorial) de Roberto Bolaño y Rodrigo Rey Rosa

Universidad de Chile

rodriguezfreire@gmail.com

El viaje de la literatura, como el de Ulises, no tiene retorno.

Y esto es aplicable no solo al escritor sino a cualquier lector verdadero.

Además, desde Heráclito ya sabemos que ningún viaje, sea éste del orden que sea,

incluso los viajes inmóviles, no tienen retorno:

cuando uno abre los ojos toda ha cambiado, todo sigue desplazándose.

Roberto Bolaño, El Universal, Caracas, 2002

Comencemos por señalar que una orilla es, a su vez, una frontera. Ahora bien, una frontera o una orilla, no deben ser leídas como un límite, a pesar de que la Real Academia de la Lengua diga lo contrario, y equipare estas palabras con “fin” o “término”; y no lo son porque, como nos ha indicado Jean-Luc Nancy, no tienen limitación, y que no lo tengan quiere decir que un límite *es* un espacio espaciado (Heidegger). Dicho de otra manera, un límite no es término sino comienzo, de la misma manera en que la orilla superior de estas líneas da comienzo a la intención de hablar hoy, aquí, de Roberto Bolaño y Rodrigo Rey Rosa.

De ahí que esta presentación también podría haberse llamado “la intención de la orilla”, una intención que no separa sino que une, pero sin unificar (Galli 148). Se trata, para decirlo gráficamente, del apretón de manos que Rey Rosa nos narra en *El cojo bueno*, aquel saludo que une sin unir la mano del Bowles (personaje) y la mano del maestro de cocina, ya que, como

señala el autor, “aunque en aquel instante estuviesen tocándose las manos [formando así una orilla, diríamos nosotros], los separaba una distancia imposible de salvar en el transcurso de una vida humana” (59).

La pregunta que surge entonces es qué pasa con la orilla latinoamericana a qué nos une y de qué nos distancia. Antes de contestar, creo preciso señalar algo más sobre la orilla (o frontera o confín), señalar por ejemplo que en ella se ponen en relación singularidades, como la de Bowles, que comparecen, que se enfrentan a la alteridad, originándose ahí, en ese espacio, no un cese sino un comienzo que se abre a otro espacio, y del cual luego hablaremos.

Mientras, preguntémonos qué pasa con la orilla latinoamericana; bueno, la orilla latinoamericana, conformada, por cierto, por un número de autores que sobrepasan el número dos, es decir, que no es solo el nombre o la firma de Bolaño y Rey Rosa (aunque hoy nos toque referirnos a la de ellos), sino también la de (Marco Antonio) Flores, Castellanos Moya, Villoro, Pitol, Piglia, Fogwill, entre otros, pero sobre todo, como ya imaginarán, la de Borges, la orilla latinoamericana entonces es aquella que nos une y nos aleja de la literatura nacional, identitaria, y, filosóficamente hablando, ontoteológica. Nos une y nos separa, por tanto, también del boom y su insistencia en la identidad latinoamericana.

De ahí que a esta orilla no le haya sido fácil hacerse camino entre las prácticas literarias pues tuvieron que luchar, primero, contra la supuesta modernización literaria, encarnada, entre otros, por García Márquez, Fuentes y Vargas Llosa; luego contra sus epígonos, y más tarde contra los epígonos de los epígonos y ya de frente, la lucha más dura, no se si cuerpo a cuerpo, pero si letra a letra, contra el mercado, contra Dan Brown, Daniel Steel, Osho, Cohelo, y cuanta escritura se las dé de literatura, y esto considerando que hoy ya no tenemos claro, no sabemos con certeza que quiere decir “literatura”. Se trata de una lucha que ya lleva décadas, pero que su lugar dentro de las letras contemporáneas nos podría llevar a pensar en un triunfo pírrico, pues, al mismo Roberto Bolaño lo llevo a la muerte de ahí que valga la pena traer a colación algunas de sus palabras:

La literatura se parece mucho a la pelea de los samurais, pero un samurai no pelea contra otro samurai: pelea contra un monstruo. Generalmente sabe, además, que va a ser derrotado. Tener el valor, sabiendo previamente que vas a ser derrotado, y salir a pelear: eso es la literatura. (*Bolaño* 145).

La identidad latinoamericana, ese ha sido y sigue siendo el monstruo latinoamericano. Lo importante, sin embargo, es la victoria, pírrica, pues los vencedores están muy magullados, pero victoria al fin y al cabo.

Por otra parte, la literatura orillera, y esto es algo sobre lo que volveremos, guarda otro rasgo importante y que tiene que ver con la noción de espacio, con esto que llamamos Latinoamérica, pues una de las marcas de la literatura macondiana fue la esencialización de este lugar, o la continuación de su esencialización más bien, aunque con mayor resonancia internacional, producto de su coincidencia o mayor involucramiento de los países de América Latina en la economía-mundo (auge y modernización de editoriales, emergencia de la cultura de masas, etc.).

El paradigma –hablando académicamente– que nutrió el libro que, se dice, “representó” a todo un continente, se corresponde con aquello que Jacques Derrida llamó “esquemática de la filiación” o en palabras del crítico brasileño Antonio Cándido, la contaminación entre tierra y patria (“Literatura y subdesarrollo”). No obstante, el francés va mucho más allá al señalar que a dicha esquemática se la encuentra generalmente asociada con la comprensión “moderna” de la política o de lo político, lo que significa, a su vez, una vinculación con el pensamiento teológico, si bien de manera secularizada (Schmitt), es decir, un pensamiento político que debemos derrotar, en pos de una democracia por venir.

Por tanto, la suspensión de aquel “paradigma” no solo tiene consecuencias literarias sino también políticas, de manera que en la literatura orillera se juega no solo otra manera de escribir sino también la radicalidad del pensamiento, y a ese pensamiento se le puede llamar, por ahora y a falta de un término más claro, extraterritorial. Pero me estoy adelantando.

Regreso a la idea de orilla, con el fin de señalar el lugar que a Borges le corresponde en ella. En *Borges, un escritor en las orillas*, el libro a mi juicio más interesante de Beatriz Sarlo, se anuncia la relevancia de este pensamiento, cuando se señala que el autor de “*Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*” “hace del límite un espacio literario” (54). Y es dicho espacio en tanto estrategia lo que le permite a Borges crear un “territorio original” cuyo juego interno es radicalmente distinto de aquel territorio llamado realismo mágico (y sus variantes por supuesto). Borges, para Sarlo, ensancha el límite que encarna la orilla, haciendo de ésta el lugar que separa uniendo, el lugar marginal que no tiene centro (56).

Borges, lo sabemos, es uno de los autores más leídos por Bolaño, y Rey Rosa lo considera, junto con Bioy Casares, uno de sus pilares, pero lo importante aquí es el lugar de Borges no solo en estos dos escritores, sino en toda la literatura que se está produciendo de manera “extraterritorial”, aquella que se distancia de la mirada esencialista de la literatura.

Quien formuló este concepto fue George Steiner, arrancándolo del derecho internacional para aplicarlo a la literatura. Mientras aquel, el derecho, lo emplea para referir aquello que está fuera o más allá del territorio en el que se tiene jurisdicción, pero que no obstante está bajo la ley no del país en el que se encuentra sino del que proviene, en la literatura se trata de aquella escritura que se sustrae a las particularidades territoriales. Acá entonces, no hay prolongación alguna, no hay soberanía sino corte, ruptura.

En 1968 Steiner reunirá a Borges, Beckett y Nabokov bajo la idea de extraterritorialidad, con tal de dar cuenta –principalmente a partir de la idea de exilio– de la “historia de los cambios en la percepción del lenguaje”, cambios que conducirían a una “carencia de patria”. Para Steiner, la conciencia local o nacional con la cual se relacionaba fuertemente la literatura se encuentra en dificultades, lo que permitiría la emergencia de una literatura “sin centro”. De ahí que para él “Faulkner y Dylan Thomas posiblemente serán considerados los últimos escritores ‘con casa’” (en Echeverría 48-49).

Repararé un momento en estos tres escritores que, para Steiner, crearon un nuevo marco de comprensión literaria, y lo hago pensando en sus condiciones de circulación, pues, creo, no son

los únicos que estaban pensando dejar la casa o, para decirlo de una manera más cruda, no eran los únicos que estaban escribiendo en un momento en el que, como dice Derrida, simplemente “ya no hay casa” (99). Habría que preguntarse porqué no acompañan a ese trío, por ejemplo, Witol Gombrowicz, o los varios escritores traducidos y reunidos en el libro *Antologías del cuento polaco contemporáneo*, a cargo del también orillero Sergio Pitol.

<Paréntesis: Y a propósito de Pitol y polacos, quisiera hacer un paréntesis y recordar una anécdota de este mexicano durante su estancia en Varsovia, anécdota recogida en un pequeño texto que lleva por título “Las puertas del paraíso” y que comienza [...] adivinen [...] ‘Escribe Jorge Luís Borges en un prólogo a [...]’ en fin, escribe Pitol que Jersy Andrezejwsky le comentó que de los pocos escritores traducidos al polaco hacia los años sesenta, que es cuando ocurre esto que estoy narrando, el único que le había interesado era el Carpentier de *El siglo de las luces*, porque *Los pasos perdidos* desperdiciaba su gran arquitectura en, y aquí cito, “la búsqueda inútil de la fuente de creación y el intento de encontrarlas en las vetas más primarias como contraposición a los módulos elaborados durante siglos por el pensamiento. Eso ya lo había hecho Stravinski a principios de siglo. Esa oposición le parecía obsoleta. ‘Solo los nacionalistas polacos más primitivos podrían sostener esas tonterías’ [señala Andrezejwsky]” (“Las puertas del paraíso” 269). Concluyo el paréntesis, señalando que en Pitol, a quien también Borges deslumbró, lo extraterritorial también se lee, tal como lo indica la contraportada de su libro *Juegos Florales*, de 1985 [1982], solo que de manera no deconstructiva y, por tanto, no suficientemente radical.>

Retomando con el trío de Steiner podríamos señalar o apuntar algunas cosas, como la opinión de Borges sobre Beckett:

Samuel Beckett es muy aburrido. Vi su obra *Esperando a Godot* y eso me bastó. Me pareció que era una obra muy pobre. ¿Para qué tomarse la molestia de esperar a Godot si él nunca llega? Qué cosa tan tediosa. Después de eso, ya no tuve deseos de leer sus novelas. (“El mundo” 68).

Esta opinión negativa de Borges, un tanto radical y prematura, quizá se deba a que las primeras obras de Beckett en Buenos Aires, fueron pésimas, tal como lo que señala Miguel Guerberof, el mayor estudioso de Beckett en Argentina. Aquí el mayor creador de laberintos y juegos escriturales fue demasiado impaciente.

Nabokov, por su parte, responde en una entrevista respecto de Steiner y su vinculación con los otros dos lo siguiente: “Oh, estoy bien enterado sobre tales comentaristas: inteligencias lentas, máquinas de escribir rápidas. Mejor harían en vincular a Beckett con Marterlinck y a Borges con Anatole France. Podría resultar más instructivo que charlar acerca de un desconocido” (136). Debo confesar que el tono de Nabokov jamás me ha resultado agradable, pero reconozco que su ironía me encanta, y su ego me descoloca, sobre todo cuando, al inicio de *Opiniones contundentes*, libro que recoge gran parte de sus entrevistas, asegura pensar como un genio, escribir como un autor distinguido y hablar como un niño. En otra entrevista, de 1972, matiza un poco su comentario y señala que “Ese dramaturgo y ese ensayista son mirados hoy con fervor tan religioso que en el tríptico que usted menciona me sentiría como un ladrón entre dos cristos. Un ladrón muy alegre con todo” (159). La ironía y el ego están nuevamente a flor de piel, pues a lo largo de todas sus entrevistas, como también en *Habla, memoria*, su autobiografía, Nabokov, pienso yo, incluso que se juzga más que esos dos cristos.

Opiniones de Beckett sobre sus colegas no encontré. Pero lo que sí hallé fueron las varias coincidencias biográficas entre Beckett y Borges, desde sus gustos literarios, hasta las lenguas que hablaban y traducían pasando por sus temas favoritos y sin embargo, casi no se conocían, casi no se vieron, a excepción de un premio que llegan a compartir, pues en 1961, el Premio Formentor recae en ambos, lo que les permite saltar “juntos” a la fama internacional. Imagino que en Mallorca, donde se entregó dicho premio, estrecharon sus manos sin por ello dialogar. Una orilla, un espacio humano, como el del Bowles narrado por Rey Rosa.

La escritura de Beckett, Borges y Nabokov es extraterritorial, pero no a la manera de los orilleros latinoamericanos, o por lo menos no de manera tan radical (a excepción de Borges, claro) y esto

por la manera en que Steiner ve la extraterritorialidad, pues para él lo principal, lo que lo lleva a hablar de cambios en la escritura es la cuestión del lenguaje, mientras que lo que a mi me interesa es la suspensión de la *ficción legal* –en el sentido que Joyce otorga a este concepto– que se ha dado entre literatura y tierra, lo que a la vez equivale a la debelación y suspensión de la relación entre poder y tierra, de aquello que el jurista Carl Schmitt llamó el *nomos* de la tierra.

El *nomos* es el primer acto que se realiza cuando se toma un espacio, su ordenamiento, su división: se trata, en suma, “de la coincidencia, estructuralmente determinante, de la ordenación y sentamiento en la convivencia de los pueblos”, y cualquier modificación posterior, dependerá de este acto primitivo. Lo que el jurista alemán nos está señalando aquí es que en la sublimación por el origen que realizó el boom, lo que había no era mito sino poder; primero el poder que toma un espacio, y luego el que rige sobre él: “Sencillamente, en el origen está la toma de tierra, la ocupación, el *Nehmen*, y ese es el título originario.”¹ La fundación de ciudades como Macondo conlleva una violencia que, creo, ha sido desconsiderada por la crítica académica. Para Schmitt “el espacio es la imagen de nuestro poder”², un poder, insisto, que ha sido ocultado en pos de la búsqueda originaria.

Como se ve, la extraterritorialidad de Steiner, definida de manera laxa, prima los contenidos lingüísticos por sobre los políticos. De ello es aún más explícito cuando señala que “La ecuación entre un eje lingüístico único –un arraigo profundo a la tierra natal– y la autoridad poética es puesta en tela de juicio” (19). Conuerdo con que la lengua ha sido uno de los componentes principales de la autoctonía, de la ficción legal, pero no coincido con que sea lo único cuya suspensión permita hablar de extraterritorialidad. Y ello porque, si consideramos la escritura de Rey Rosa y Bolaño, escrita solo en español, el trabajo que han realizado suspende otras premisas sobre las que descansa la territorialidad latinoamericana, tales como identidad, mitos (o ficciones) fundacionales, armonía étnica, contractualismo ilustrado, entre otras.

¹ Sigo aquí a José Luís Villacañas, “Nomos de la Tierra y lenguaje del Imperio”, manuscrito, 2008.

² Citado en Villacañas, “Nomos de la Tierra y lenguaje del Imperio”, manuscrito, 2008.

Todo esto es lo que me lleva a aceptar la mirada sobre la extraterritorialidad que tiene el crítico Ignacio Echeverría, para quien bajo nuestras actuales condiciones de globalización, “la noción de extraterritorialidad subvierte la ya anticuada y más complaciente de cosmopolitismo para sugerir aquellos aspectos de la literatura moderna en que ésta se perfila como ‘una estrategia de exilio permanente’” (49), pero no del exilio que mira nostálgicamente la tierra por la fuerza (violencia) abandonada, sino aquel que se ha lanzado a la fuga o que incluso solicita su derecho de fuga (Mezzadra). Ello podría implicar que la idea de exilio no sea tal vez la más adecuada y haya que reemplazarla por una estrategia de fuga permanente. Alberto Moreiras habla de “atopismo sucio”, con lo cual quiere nombrar un pensamiento que rechaza la apropiación del lugar en tanto topos, se trata de una deslocalización, esto porque:

El discurso de la localización, que hace solo unos años pareció darnos un nuevo comienzo (*beginning*) para pensar sobre/desde/de América Latina bajo condiciones geopolíticas del discurso universitario en el tiempo de los post-estudios de área, finalmente se ha revelado como un pensamiento ruinoso o un pensamiento en las ruinas del pensamiento (“Introduction” vi).

La escritura extraterritorial o el atopismo sucio, no pretenden la sustracción de las especificidades que puedan afectar a cualquier narrativa, sino de interrogarse por sus posibilidades y sus límites, por sus singularidades y la imposibilidad de cualquier clausura identitaria.³

Y es de esta manera que leo la escritura de Bolaño y Rey Rosa, atópica, extraterritorial. En ambos es posible leer su fuga de los marcos de comprensión dominantes, marcos en realidad de apropiación espacial –sea local, nacional o continental– con el fin de volcarse de la exaltación de un pasado supuestamente mágico a la develación de la violencia contemporánea (ya no encarnada necesariamente en ciudades bajo la llamada violencia política, sino bajo la globalización, el

³ Tres libros, que se encuentran en sintonía entre sí, son suplementarios a lo aquí trabajado: Moreiras, Alberto. *The Exhaustion of Difference. The Politics of Latin American Cultural Studies*. Durham: Duke University Press, 2001; Levinson, Brett. *The Ends of Literature: Post-transition and Neoliberalism in the Wake of the Boom*. Stanford: Stanford University Press, 2002; y Williams, Gareth. *The Other Side of the Popular, Neoliberalism and Subalternity in Latin America*. Durham, NC, and London: Duke University Press, 2002. Por razones de espacio, me ha sido imposible aludirlos.

narcotráfico, la corrupción, etc.), la decadencia de los modelos alegóricos y el agotamiento de los marcos políticos tradicionales. Y con esto no quiero decir que el triunvirato formado por Fuentes, Vargas Llosa y García Márquez no se refirieran a la violencia, pues, por ejemplo, son bastante conocidas sus obras sobre dictadores (quizá sea necesario hacer un segundo paréntesis, y señalar que tampoco mi idea es pensar el boom como un todo homogéneo, pues el solo recordar las obras más relevantes de los integrantes de este triunvirato es suficiente para percibir sus diferencias).

Retomando entonces, quisiera señalar que podemos leer la obra de Bolaño y Rey Rosa como parte de un conjunto de escritores que, por aquella cosa llamada “generacional” (lo que no los convierte en aquella otra cosa llamada “generación”), han sido capaces de desprenderse tanto de las agotadas formas escriturales bombásticas (y también de otras), como de sus presupuestos terrícolas, permitiendo que a los narradores más jóvenes les sea menos difícil cargar con los estigmas identitarios de antaño, pues éstos no tienen, como acertadamente señala Naief Yehya, ni la necesidad ni la obligación de romper con la herencia del realismo mágico y el boom. Ello equivale, como señaló Bolaño en algún lugar, releer a Borges, y eso haré ahora mismo:

Por eso repito [señaló el escritor “argentino”] que no debemos temer y que debemos pensar que nuestro patrimonio es el universo; ensayar todos los temas, y no podemos concretarnos a lo argentino para ser argentinos: porque o ser argentino es una fatalidad y en ese caso lo seremos de cualquier modo, o ser argentino es una mera afectación, una máscara. (Borges, “El escritor” 324).

Esta cita, estas palabras de Borges, son apropiadas para señalar que lo que Bolaño y Rey Rosa han venido haciendo a lo largo de casi toda su producción es desenmascarnos. Sacarse esa máscara equivale a sacarse un gran peso de encima y para ello no es necesario hacer dieta sino ejercicio, dejando de lado los esteroides por supuesto, pues eso sería hacer trampa, transformar un trueque en un truco.

Y cuáles son los ejercicios desarrollados podemos rápidamente señalar algunos. *Leyendas de Guatemala* es leído en reversa para ser reemplazada por relatos, donde lo que menos hay es tradición y magia, tal como se puede apreciar en *El cuchillo del mendigo* y *El agua quieta*. Tal

vez una manera más palpable de suspender lo mitológico se encuentre en la *construcción* de una escena mítica, donde huesos y vasijas son estratégicamente enterrados en una cueva por *Sebastián*, con tal de espantar a los cazadores que lo incomodan. Pero aún más directo es Rey Rosa en *El material humano* (cuya rica estructura, por tiempo, no podremos comentar aquí), al recordarnos que previo al reconocimiento internacional, las ideas telúricas de Asturias estaban imbuidas de racismo en vez de magia.

Pero, a pesar de esta palpable distancia del lugar hegemónico del lugar en literatura, la obra de Rey Rosa tiene aún potencialidades mayores. Y ello se percibe nuevamente en *El cojo bueno*, donde uno de sus hilos circula en torno a la posibilidad de vengar el daño, psicológico y físico, que unos secuestradores le causaron a Juan Luís Luna. Y para mi lectura quisiera referir unas palabras del crítico Ignacio Echeverría:

[...] toda venganza presupone, en efecto, la reivindicación de un orden contrariado, la creencia en una suerte de justicia –o al menos de simetría– sin la cual el vengador carecería de legitimidad que –siquiera a sus ojos– ampara su acción. En tanto que acto reparador, la venganza delata el afecto a una entidad de tipo personal, familiar, tribal, nacional, religioso, político, lo mismo da, solo la escala varía [...] ¿Qué ocurre, sin embargo [se pregunta Echeverría], si nada de eso adquiere valor para el vengador. (91).

Si nada de eso adquiere valor, si Juan Luís Luna termina finalmente sustrayéndose a su venganza, también se sustrae del contractualismo que posibilita una supuesta comunidad nacional, de la cual sus categorías articulantes se encuentran irremediablemente agotadas. El gesto de Luna entonces arroja a una Guatemala donde justicia, derecho, nación, etc. ya no cobran sentido.

En cuanto a Bolaño, cuya obra conozco más gracias al circuito comercial que actualmente lo ha catapultado al estrellato y ha permitido que sus libros, luego de su muerte dramática (y entiéndase ésta última palabra, dramática, en el sentido literario y no literal), engrosaran los estantes titulados “Literatura chilena”, quisiera comentar su mirada de la nacionalidad, que también es una manera de pensar la extraterritorialidad. Sobre la nación, Bolaño fue conciente de

su ficción legal (un concepto ya aludido más arriba). En el poemario titulado *Tres*, escribe en tercera persona para señalar lo siguiente: “En realidad tú también conoces a esa gente, hace tiempo incluso escribiste dos o cuatro poemas podridamente cínicos sobre la relación terapéutica entre tu verga, tu pasaporte y ellos”. Dejando de lado cualquier interpretación psicoanalítica, digamos que la verga es el sexo fecundador de la patria, patria de la cual el pasaporte da cuenta y el “ellos” serán los compatriotas. En este caso, “[un] pasaporte consular expedido en México el año 73, válido hasta el 82, con permiso para residir en España durante tres meses, sin derecho a trabajar”. Un pasaporte entonces, expedido en un país que no es el “suyo”, para irse al otro lado de “su” continente, España, es todo lo que acredita la nacionalidad de Bolaño, de la cual, por supuesto, nunca renegó, y creo que no lo hizo ya que con ello develaba de una manera radical que un papel expedido en cualquier parte del mundo por una soberanía en ruinas, es lo que lo acreditaba como chileno. Bolaño sabía que toda escritura es violencia y ficción, incluso el pasaporte. Y para terminar con el mito de la nacionalidad y los próceres chilenos, Bolaño hace eco de un verso de Nicanor Parra:

Los cuatro grandes poetas de Chile

Son tres

Alonso de Ercilla y Rubén Darío

(“Literatura” 44).

En Chile, a lo largo de gran parte de “historia literaria contemporánea”, la discusión sobre los cuatro poetas más importantes ha estado a flor de piel. Y he aquí que Parra da un cierre al señalar que dos viajeros que atravesaron Chile en algún momento de sus vidas, son los fundadores de “nuestra” poesía. En fin, podría seguir hablando, gracias a los dos escritores aquí referidos, de falsos mitos y leyendas, pero ya es tiempo de cerrar, y para ello cito por última vez a Bolaño.

Tres años antes de fallecer, escribió de Rey Rosa lo siguiente:

Leerlo es aprender a escribir y también es una invitación al puro placer de dejarse arrastrar por historias siniestras o fantásticas. Hasta hace poco vivía en Guatemala y no tenía residencia fija: un día se alojaba con su madre, otro día con su hermana, el resto del tiempo en casa de amigos. Una noche hablamos por teléfono durante casi dos horas: acababa de llegar de Mali. Ahora está en la India, escribiendo un libro que no sabe si terminará o no. Me gusta imaginarlo así: sin domicilio fijo, sin miedo. (“El estilete” 141).

Pareciera ser que la extraterritorialidad también se vive. La pregunta que surge entonces es si la crítica “latinoamericana” estará a la altura de esta literatura, si tendrá el valor de dejar la complacencia, las garantías de vivir en casa, en “su” casa.

Bibliografía

- Bolaño, Roberto. “El estilete de Rodrigo Rey Rosa”. *Entre Paréntesis*. Barcelona: Anagrama, 2006. 140-141.
- Bolaño, Roberto. “Literatura y exilio”. *Entre Paréntesis*. Barcelona: Anagrama, 2006. 40-46.
- Bolaño, Roberto. *Bolaño por sí mismo: entrevistas escogidas*. Braithwaite, Andrés (ed.). Santiago de Chile: Ediciones UDP, 2006.
- Borges, Jorge Luis. “El mundo de la ficción. Una entrevista con Seamus Heaney y Richard Kearney”. *Cuadernos Hispanoamericanos* 564 (1997): 55–68.
- Borges, Jorge Luis. “El escritor argentino y la tradición”. *Obras Completas*. Vol. 1. Buenos Aires: Emecé, 2007. 316-324.
- Carpentier, Alejo. *El siglo de las luces*. Madrid: Alianza, 1994.
- Derrida, Jacques. *Políticas de la amistad*. Madrid: Trotta, 1998.
- Echeverría, Ignacio. *Desvíos*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2007.
- Galli, Carlo. *Espacios políticos. La edad moderna y la edad global*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2002.

- Levinson, Brett. *The Ends of Literature: Post-transition and Neoliberalism in the Wake of the Boom*. Stanford: Stanford UP, 2002.
- Mezzadra, Sandro. *Derecho de fuga. Migraciones, ciudadanía y globalización*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2005.
- Moreiras, Alberto. "Introduction: From Locational Thinking to Dirty Atopianism". *Dispositio/n* 49 (1997): v-ix.
- Moreiras, Alberto. *The Exhaustion of Difference. The Politics of Latin American Cultural Studies*. Durham: Duke University Press, 2001.
- Nabokov, Vladimir. *Opiniones contundentes*. Madrid: Taurus, 1999.
- Pitol, Sergio. *Antología del cuento polaco contemporáneo*. México DF: Era, 1967.
- Rey Rosa, Rodrigo. *Cárcel de árboles; El salvador de buques*. Barcelona: Seix Barral, 1992.
- Rey Rosa, Rodrigo. *El cojo bueno*. Madrid, Alfaguara, 1996.
- Rey Rosa, Rodrigo. *La orilla africana*. Barcelona: Seix Barral, 1999.
- Sarlo, Beatriz. *Borges, un escritor en las orillas*. Buenos Aires: Ariel, 1995.
- Schmitt, Carl. *El nomos de la tierra*. Granada: Comares, 2003.
- Steiner, George. *Extraterritorial: ensayos sobre la literatura y la revolución lingüística*. Barcelona: Barral Editores, 1973.
- Villacañas, José Luís. "Nomos de la Tierra y lenguaje del Imperio". Manuscrito, 2008.
- Williams, Gareth. *The Other Side of the Popular, Neoliberalism and Subalternity in Latin America*. Durham/London: Duke University Press, 2002.